

Sección: Revisión de los problemas

La sociedad rural a fin de siglo: ¿integración o exclusión?

*Magda Fritscher Mundt**

INTRODUCCIÓN

Este ensayo busca ofrecer una reflexión en torno a la situación de las sociedades rurales a fines del presente siglo. El objeto central de nuestra indagación es observar el lugar que ocupa el sector rural dentro de las estrategias económicas y políticas de los distintos países y regiones. Es conocido el hecho de que mientras las sociedades industrializadas canalizan recursos billonarios al agro, en el mundo periférico éste es discriminado en términos de apoyo estatal y decisiones políticas. Mientras que en las primeras el sector es considerado estratégico para el equilibrio económico y social de los países, en las demás se ha convertido en un reducto de pobreza y marginalidad. Irónicamente la situación desigual en cuanto a valorización de la sociedad rural no tiene correspondencia con el peso demográfico que dicho sector ostenta en cada región, ya que la población rural es reducida en los países centrales y muy extensa en los de menor desarrollo.



IZTAPALAPA 47
extraordinario de 1999
pp. 127-142

* Profesora investigadora del Área de Procesos Rurales y Urbanos del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

Esta situación contrastante se ha profundizado a últimas fechas, en momentos en que la dinámica globalizadora parece haber tomado las riendas de los procesos sociales en la mayor parte del orbe. Tal como veremos, el mundo rural periférico ha sido más afectado por las nuevas determinaciones, en contraste con las sociedades centrales (en particular Europa Occidental y Japón), que han procurado, a contracorriente de las tendencias globales, no cambiar la connotación estratégica que históricamente han atribuido a la vida rural. Veamos.

MODELOS DE DESARROLLO, POBLACIÓN Y RECURSOS

A finales del siglo actual, la población mundial es aún predominantemente rural. Según la información vertida por los principales organismos consagrados al tema (la Organización de las Naciones Unidas –ONU–, la Oficina del Censo de Estados Unidos, el Instituto Nacional de Estudios Demográficos –INED– y el Banco Mundial), el mundo urbano concentra hoy tan sólo el 44 por ciento de la población mundial (Population Reference Bureau –PRB–, 1998: 2). Para el año 2005 se espera que el polo urbano llegue a un nivel de equilibrio respecto a su contraparte rural, concentrando en sus filas la mitad de la población mundial (Singelmann, 1996: 152).

Ello indica que la industrialización localizada en los centros urbanos no lo-

gró reconvertir las estructuras económicas del globo, ofreciendo alternativas de vida a las poblaciones rurales, tal como preconizaban los sociólogos y economistas clásicos y los teóricos desarrollistas de nuestro siglo. De hecho, el viraje demográfico radical sólo ocurrió en los países capitalistas desarrollados, en donde el fuerte despegue industrial de la posguerra logró atraer y concentrar a la mayor parte de la población en su sector metropolitano. Con ello, el porcentaje de habitantes rurales en los países centrales quedó hoy reducido a poco más de una cuarta parte de la total aproximadamente (PRB, 1998: 2). Pero si hablamos de población agrícola estrictamente, el índice demográfico es mucho más restringido, dado que la agricultura moderna exige cada vez menos fuerza de trabajo para su desarrollo.

En los países del mundo periférico, en donde la actividad industrial ha sido precaria, el éxodo a las ciudades, si bien es un fenómeno cotidiano y recurrente, ha tenido menor fuerza. En África y Asia la mayor parte de las naciones concentran en sus áreas rurales entre el 70 y el 80 por ciento de la población (PRB, 1998: 2-7). Las oportunidades de trabajo en el ámbito urbano son muy limitadas, obligando a la población a optimizar sus escasos recursos y activos territoriales, so pena de no sobrevivir. Sin embargo, estos recursos son también finitos y, dada su condición natural, no reproducibles, además de susceptibles de agotamiento paulatino frente a una

fuerte presión demográfica. Asimismo esta problemática se agudiza por el hecho de que la agricultura, principal actividad en gran parte de los países periféricos, es una actividad muchas veces concentrada, cuando no expulsora de mano de obra. Todo ello plantea problemas severos de sobrevivencia para una población rural muy extendida.

En los países desarrollados, en cambio, la fuerza laboral ocupada en la agricultura corresponde en la actualidad sólo a un porcentaje muy pequeño del empleo total: no llega al tres por ciento en Estados Unidos, mientras que en la Comunidad Económica Europea, oscila entre el seis y el siete por ciento (Teubal, 1995: 22). Ello ocurre en gran medida debido al empuje industrial que han experimentado estas naciones, sobre todo en la segunda mitad de este siglo, ejerciendo un fuerte poder de atracción sobre la fuerza de trabajo rural. Este viraje demográfico deja un saldo favorable en términos de equilibrio entre población y recursos en el campo, sobre todo en Estados Unidos, en donde, según el Departamento de Agricultura (USDA, por sus siglas en inglés), el área productiva por granjero equivale aproximadamente a 180 hectáreas (USDA, 1997: 17). Si bien en Europa Occidental, el área promedio es tan sólo una décima parte de la estadounidense, aun así se aparta mucho de los índices latinoamericanos o asiáticos, en los que el espacio por agricultor no supera las dos hectáreas.

OPCIONES ESTRATÉGICAS EN TORNO AL SECTOR RURAL

Pero no es sólo la problemática estructural señalada la que produce diferencias entre ambos tipos de sociedades, sino que se evidencian además elementos contrastantes de tipo cualitativo. Ello nos lleva al terreno de discursos y prácticas desiguales respecto al lugar que debe ocupar el sector rural en la vida económica y social de cada país.

Así, en los países desarrollados ha predominado la noción de que si la sociedad rural es abandonada a las reglas del mercado y del capital se convertirá en un foco de desequilibrios no sólo locales, sino nacionales. De ahí surge una visión peculiar respecto a dicho sector que con frecuencia trasciende la preocupación mecánica por el desempeño económico o la rentabilidad. Sin menoscabo de estos aspectos, son de igual importancia para esas sociedades los objetivos de índole social o estratégico, tales como la estabilidad social, el equilibrio demográfico, la ocupación, la seguridad alimentaria y, más recientemente, la ecología. Es por este motivo que este reducido sector de la población que permanece en las áreas rurales y sobre todo en la agricultura recibe apoyos billonarios desde hace varias décadas: las transferencias anuales al campo en los años noventa sumaron casi 300 mil millones de dólares en los países de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OECD, 1997: 14). Ello significa que en esta parte del mun-

do, el agro cuenta con servicios, escuelas, carreteras, hospitales y demás elementos de infraestructura requeridos por la vida moderna, y además que sus habitantes pueden aspirar a condiciones de vida similares a las de las urbes. Asimismo, una parte importante de los subsidios gubernamentales se dirige a proteger a los agricultores de los efectos climáticos adversos o de las fluctuaciones del mercado, con el fin de evitar que cunda el caos en el campo cada vez que caen los precios agrícolas. Finalmente los habitantes rurales también cuentan con empleos industriales, dado que la industrialización en estos países posee un carácter expansivo, con ramas descentralizadas que se extienden y penetran una parte importante de los territorios no metropolitanos. Ello permite que gran parte de los productores cuente de igual forma con oportunidades de trabajo en la industria, sin alejarse mucho de su hábitat. La combinación de ingresos agrícolas e industriales, junto con las ayudas estatales, permite que los habitantes del medio rural logren ingresos equivalentes a los percibidos por los sectores urbanos (USDA, 1997: 32; Abramovay, 1992: 203).

En la otra parte del mundo, en cambio, la población rural está en su mayor parte excluida de los reducidos beneficios del sistema capitalista (empleo, servicios, asistencia social, subsidios) y para sobrevivir debe generar sus propias condiciones de reproducción. Dado que posee escasos recursos propios como la tierra, y las fuentes de em-

pleo alternativas en el medio rural son muy escasas, se ve obligada a migrar y buscar empleo en regiones lejanas a su entorno social. Por lo general, su reproducción exige que acuda a distintos mercados de trabajo, situados en ámbitos geográficos distantes y ajenos, cuando no transfronterizos. Claude Meillassoux (1981: 156, 166) nos habla del incesante movimiento migratorio a que se ven conminados los campesinos africanos en búsqueda de empleo. Éstos suelen recorrer el continente, llegando hasta Europa Occidental, en donde hasta recientemente ocupaban un lugar subalterno dentro de las jerarquías laborales. En épocas de crisis y desempleo, los trabajadores africanos son nuevamente expulsados a sus comunidades de origen, verdaderos refugios de mano de obra en momentos en que los mercados laborales se estrechan. En el caso de México, en donde dos tercios de los productores agrícolas requieren de ingresos adicionales para sobrevivir (Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura –FIDA, IICA–, 1995: 151-153), muchos deben cruzar las fronteras nacionales para obtenerlos. El campesino mexicano ha sido calificado como el actor social con mayor movilidad geográfica y ocupacional del país, dado que su reproducción ocurre en los más variados contextos y escenarios. Hoy día se calcula que la población laboral mexicana radicada en Estados Unidos alcanza los nueve millones de personas: seis millones de trabajadores

documentados y tres millones de indocumentados (Bartra, 1998: 16), cifra nada deleznable si tenemos en cuenta que equivale a un 25 por ciento de la población económicamente activa en México. Asimismo no hay que olvidar la concentración poblacional en las grandes ciudades, verdaderas megalópolis, virtualmente cercadas por millones o decenas de millones de campesinos, mismos que en el decir de Claude Faure (1990: 234) “ya no serán más campesinos y raras veces se convertirán en asalariados”.

Así, en las sociedades periféricas el campo genera un enorme ejército de reserva, en donde subsisten temporalmente los campesinos, o tan sólo aquella parte de las familias que no puede emigrar, las mujeres en edad reproductiva, los hijos pequeños y los ancianos (FIDA, IICA, 1995: 168). Esta situación se debe, como ya se dijo, a la precaria industrialización ahí generada, pero también, como veremos adelante, a una escasa preocupación por muchas de las metas y principios que rigieron el desarrollo de los países centrales en torno a objetivos menos económicos y más sociales, como son la seguridad alimentaria, el equilibrio social, la ecología y otros. Hoy día la condición empobrecida del agro en varias de las regiones periféricas se agudiza, ya que la globalización conduce a un viraje económico radical propiciatorio de un todavía mayor desempleo. En el caso de México, esta situación es por demás dramática dado que gran parte de su actividad productiva

no puede resistir la competencia con Estados Unidos. Así, por ejemplo, en lo que respecta a su sector agropecuario, México detenta una agricultura de pequeña escala, en gran parte campesina, en tanto que el vecino país ostenta los índices más elevados de productividad agrícola del planeta. En estas circunstancias, hasta los productores mejor ubicados están siendo afectados por la competencia. El campo mexicano tampoco ocupa una prioridad en los flujos de inversión de capital externo, que en su mayor parte se orientan hacia cierto tipo de actividades industriales. Todo ello ha llevado a un estrechamiento de los recursos para sostener la ocupación en la agricultura.

LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE LA INTEGRACIÓN

El cuadro que acabamos de presentar indica una divergencia de situaciones en ambos polos del mundo que, sin embargo, requiere de explicaciones adicionales. Tal como se ha observado, si bien el factor estructural es determinante en el mapa demográfico y social de los países, no constituye el único elemento explicativo de las divergencias respecto al medio rural. Un segundo elemento de gran peso, también ya mencionado, es el hecho de que las sociedades del primer mundo han desarrollado una vigorosa conscientización respecto a la necesidad de crear equilibrios sociales entre campo y ciudad, buscando reducir las brechas entre ambos polos.

El periodo de la posguerra fue extremadamente pródigo en la proyección de estas preocupaciones en torno al sector rural, así como en el diseño de un modelo de mundo agrícola integrado y compatible con el desarrollo económico de los países. Esta situación fue particularmente expresiva en el caso europeo, en donde la guerra tuvo efectos devastadores sobre el entorno social. Tal vez fue por ello que la reconstrucción posbélica asumió los rasgos de una verdadera transformación social, que en mucho trascendía los objetivos meramente económicos. Este proceso incluyó una visión específica sobre el lugar que dichas sociedades deberían conceder a sus sectores agrícolas.

LOS ANTECEDENTES: EL MODELO INGLÉS

En el siglo pasado, las naciones modernas de Europa habían seguido de cerca el modelo del *high farming* desarrollado en el campo inglés, expulsor de poblaciones del campo a las ciudades y luego a los territorios colonizados (Veiga, 1994: 30). Cuando este modelo fracasó, en la segunda mitad del siglo, debido a los conflictos generados entre los terratenientes y los capitalistas industriales, la agricultura en gran parte fue expulsada del territorio inglés y delegada a las naciones agrícolas del “nuevo mundo” (Amin y Vergopoulos, 1977: 145). Éste fue el origen de la primera división internacional del trabajo, nacida de las necesidades del capitalismo inglés, que

aspiraba a especializarse en tareas económicas más “nobles” que la rudimentaria producción de materias primas y alimentos. A partir de entonces, las naciones coloniales o recién independizadas, portadoras de recursos naturales y territoriales abundantes, así como de una fuerza de trabajo de muy bajo costo, fueron las encargadas de proporcionar a Inglaterra y luego a las otras naciones europeas los bienes alimentarios requeridos por su población urbana. Se producía así, en el centro del capitalismo decimonónico, una primera gran escisión entre los ámbitos rural y urbano. Los demás países de Europa observaron con cierto recelo al nuevo modelo, pero no fueron ajenos a su influencia, según nos relata Kautsky en su obra de fin de siglo (1981: 307-309). Las importaciones alimentarias de otras partes del mundo contribuyeron a crear un caos agrícola de grandes proporciones en el continente, lo que finalmente condujo a una pérdida de poder de la clase terrateniente, y más adelante, a un amplio movimiento de reestructuración de la propiedad rural (Veiga, 1994: 75-77; Amin y Vergopoulos, 1977: 159).

El prolongado periodo bélico de nuestro siglo puso en entredicho esta visión pragmática de un desarrollo dicotómico caracterizado por la ausencia agrícola. En un mundo dominado por la guerra, las importaciones alimentarias se hicieron difíciles y superfluas, dadas las prioridades estratégicas de las naciones en lucha. Las produc-

ciones internas no sólo eran escasas, sino que fueron obstaculizadas por la destrucción y el asedio militar. A excepción de Estados Unidos, cuyo territorio y economía salieron incólumes de la guerra, en las demás naciones industrializadas de Europa y Asia cundió el hambre y la desnutrición, y luego, al finalizar el conflicto, la dependencia alimentaria de Estados Unidos.

EL PARADIGMA ARTICULADOR: ¿EL EJEMPLO NORTEAMERICANO?

Los estrategas de la reconstrucción europea fueron obligados a poner nuevamente la atención en una rama que había sido hasta entonces poco valorizada: la agricultura. Urgía forjar un modelo de desarrollo que no sólo integrara dicho sector al proyecto regional, sino que a la vez recuperara los vínculos perdidos entre sociedad industrial y agraria. Atrás quedaban las nociones estigmatizadas respecto a lo agrícola, como sector opuesto al avance industrial. Lejos del modelo inglés, el objeto de inspiración era ahora el paradigma norteamericano, el cual expresaba una “armoniosa” correlación entre ambos polos de la sociedad: el rural y el urbano. Se trataba de un modelo de capitalismo nacional e integrado, al cual se pretendía seguir.

La reconstrucción europea contemplaba así una recreación del campo y del acontecer rural: desde la perspectiva económica, se buscaba el incremento

en la producción alimentaria, la autosuficiencia y la soberanía sectorial a través de la modernización de las actividades agrícolas; desde el ámbito social, la meta era administrar estatalmente el sector, procurando disminuir la brecha entre los ingresos de los agricultores y los de los sectores urbanos (Abramovay, 1992: 203). Los productores agrícolas también fueron contemplados por el Estado benefactor, a través de su inclusión en los organismos de seguridad social, contando con atención médica, derechos de jubilación y otros beneficios. En algunos casos, como el francés, el Estado se dispuso a organizar las transferencias de la población del campo a la ciudad, a través de indemnizaciones u otros aportes pecuniarios, cursos de entrenamiento y orientación profesional y otras formas de participación directa en los flujos migratorios (Servolin, 1989: 51, 53; Abramovay, 1992: 200).

La nueva agricultura, centralmente administrada, fue encauzada hacia la forma familiar, desestimulando los métodos patronales. El ejemplo inglés decimonónico de uso monopólico de la tierra, en que se fomentaba la sobrevalorización de los activos territoriales y de los bienes alimentarios, era contrario a las metas integracionistas de la nueva Europa.

También Japón buscó la integración a través de una compacta reforma agraria, que eliminó los monopolios territoriales, y de una organización agrícola que protegió a la agricultura del exterior e impulsó la productividad. Los ingresos

de los agricultores deberían equipararse a los de los trabajadores urbanos según la legislación de principios de los años sesenta, situación que, combinada con la lucha por la soberanía alimentaria, explica los altos subsidios al campo. Sin embargo, es en gran medida la industria descentralizada y cercana a las áreas rurales la que permite este equilibrio en los ingresos (Falck, 1994: 331). Hacia la séptima década, Japón se acercó a la autosuficiencia en varios productos alimentarios, si bien perdió este estatuto posteriormente cuando el poder adquisitivo de la población se elevó fuertemente y se hizo necesario incrementar la oferta de bienes de consumo a través de importaciones. Sin embargo, aún hoy esta nación se opone fuertemente a las tendencias mundiales de liberalización del comercio agrícola, consciente de que, dada su falta de competitividad en este sector, gran parte de su agricultura sería destruida. En las últimas décadas, algunos países asiáticos de industrialización reciente, de los cuales Corea del Sur es el más expresivo, intentaron seguir el modelo nipón (Ravenholt, 1980: 11, Moon y Kang, 1991: 50). Sendas reformas agrarias, seguidas por procesos integradores de modernización agrícola, protección alimentaria y subsidios a los productores, han caracterizado las políticas de varios de los “tigres asiáticos”, cuyo modelo de desarrollo, si bien encauzado hacia la industrialización, nunca escatimó la importancia de lo rural. Otros países de dimensiones continentales, como In-

dia y China, de igual forma protegen sus agriculturas, negándose a dar libre paso a las tendencias desintegradoras del presente momento.

Estados Unidos, nación históricamente excedentaria en alimentos, no vivió la problemática de la escasez ni del hambre. Muy por el contrario, la preocupación recurrente en este país fue relativa a la sobreproducción alimentaria que hacía bajar continuamente los precios y creaba caos y desaliento entre los productores. De ello derivó la temprana orientación hacia la intervención estatal en los asuntos agroalimentarios, a través de esquemas de protección y subsidio hacia el campo, de agencias estatales encargadas de normalizar las relaciones comerciales, de aportes crediticios a los productores y de una infraestructura de investigación y tecnología de vanguardia a nivel mundial. La agricultura norteamericana, con una orientación comercial desde sus inicios, sin el peso de los vestigios arcaicos o precapitalistas de los países más antiguos, nunca fue, ni lo es en nuestros días un sector plenamente regido por las fuerzas del mercado. Por el contrario, la presencia estatal fue recurrente, buscando preservarlo de cualquier tipo de amenazas (Fritscher, 1996: 7-15). La complementariedad histórica entre los intereses agrícolas y los industriales hizo de Estados Unidos una nación “completa e integrada” en el decir de varios de sus analistas e historiadores, si bien algunos como Friedmann y Mc Michael (1989: 93) advierten que dicho caso es

más bien excepcional en la historia del capitalismo mundial.

AMÉRICA LATINA: UNA INTEGRACIÓN ERRÁTICA

En esta región, la búsqueda por la complementariedad y la integración entre desarrollo agrícola e industrial fue precaria y sólo ocurrió en ciertas etapas del presente siglo. Pasados los momentos de la gloria agrícola (la integración al mercado mundial desde el último tercio del siglo XIX), la región buscó en la posguerra concentrar sus esfuerzos en una industrialización sustitutiva, orientando hacia esta meta todos sus esfuerzos, mismos que por lo general en las siguientes décadas incidieron en dinámicas desfavorables a la agricultura, como la sobrevalorización de la moneda, créditos insuficientes, precios alimentarios reducidos, escasa inversión pública y otros factores (López Cordovez, 1987: 13). Así el subcontinente vivió, hasta los años sesenta (a excepción de México), una especie de dualismo, en el cual la industria concentraba los beneficios del desarrollo, a la vez que el agro perpetuaba sistemas arcaicos de propiedad como el latifundismo, formas de trabajo precapitalistas y prácticas de cultivo meramente extensivas. Esta situación de *laissez-faire* fue posible dado que en muchos países existía una frontera agrícola relativamente amplia que permitía el acceso a la tierra, situación que por un lado aminoraba el descontento

social y por otro disminuía los costos de producción. Fue sólo a partir de los años sesenta, cuando la sociedad latinoamericana se percató de que el atraso agrícola se estaba convirtiendo en un obstáculo para las metas industriales y que se requerían ajustes estructurales urgentes que suprimieran la brecha existente entre ambos polos (Fritscher, 1990: 16). Las reformas agrarias en varios países de la región entre los años sesenta y setenta fueron un intento de integración y armonización en el sentido de que se requería de una medida de esta naturaleza para romper con el latifundismo y hacer más flexible la producción de alimentos para las ciudades. Se buscaba con ello incrementar la productividad, reducir las tasas de inflación, erradicar abusos extremos en el uso monopólico del suelo, incentivar un mercado interno y distribuir en forma más equitativa el producto nacional. Por otra parte, la región se había convertido en un semillero de rebeliones agrarias, de manera que las reformas también cumplieron con el objetivo de pacificación de la región.

Ello no fue suficiente, sin embargo, para crear un sector agrícola fuerte y productivo, dado que en la región no existían estímulos para la modernización. Fue hasta la séptima década cuando, a raíz de la gran disponibilidad financiera internacional, los gobiernos latinoamericanos se dispusieron, mediante la utilización de estos recursos, a estimular la modernización agrícola, buscando no sólo incrementar la producción para el

mercado interno, sino también reconquistar el lugar perdido en los mercados internacionales. La nueva estrategia fue implantada a través de un aporte sustantivo en subsidios gubernamentales a los productores, canalizados sobre todo por la vía crediticia y por significativos descuentos en los principales insumos como lo eran el equipo y los agroquímicos. Estudios específicos indican cómo operaron los subsidios a nivel nacional: así por ejemplo la Pampa argentina fue totalmente mecanizada en los años sesenta gracias a una reducción a la mitad en el valor del equipo; en Brasil y México, la expansión en el crédito agropecuario fue monumental (superando en el primer caso el valor producido), junto con tasas de interés extremadamente reducidas (Fritscher, 1990: 20).

Sin embargo, pese al éxito alcanzado en términos de incremento en la producción e inserción en los flujos de comercio internacional, la modernización agrícola en Latinoamérica, a diferencia de la producida en los países desarrollados, fue selectiva y desigual, comprometiendo a empresarios y sólo a algunos sectores “viables” de pequeños productores.

El grueso del campesinado latinoamericano fue excluido de los beneficios, con lo cual el campo, pese a las reformas, siguió siendo un sector extraordinariamente heterogéneo, con grandes núcleos de pobreza. A diferencia de los países ricos y de algunos países en desarrollo del continente asiático, que

buscaron crear al interior del agro situaciones de mayor armonía e integración respecto al desarrollo urbano-industrial, en América Latina persistieron extensas zonas de subsistencia y de escaso vínculo con el capitalismo. Según la Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 1978: 93), a finales de los años setenta, dos tercios de las familias campesinas vivían en niveles de subsistencia, si bien en algunos países esta proporción alcanzaba el 85 por ciento de la población rural.

El análisis de esta problemática no debe, sin embargo, dejar de lado el hecho de que en estos países la industrialización careció de la sustentabilidad y del desarrollo pujante acaecido en los países industriales. Ello se expresó en que, no obstante la creación de megaciudades, una parte importante de la población permaneció en el campo, sin más opciones que una agricultura de subsistencia y movimientos migratorios temporales. La pobreza aquí se explica entonces a partir de desequilibrios estructurales difíciles de remontar, aun cuando hubiera existido voluntad política para ello.

A partir de los años ochenta, con la crisis de la deuda, y años más tarde con el advenimiento del neoliberalismo, esta situación se agudizó, pues los estímulos integradores de la intervención estatal tendieron a desaparecer para dar lugar a una agricultura regida enteramente por el mercado. Como veremos luego, es en Latinoamérica en donde las tendencias desarticuladoras de la

globalización se produjeron con mayor fuerza. Hoy día, en los años noventa, las importaciones alimentarias crecieron en forma extraordinaria, alentadas por reformas económicas que abrieron los mercados a los productos alimentarios del exterior. Es así como Latinoamérica, la potencia agrícola de antaño, hoy debe alimentarse en parte con bienes que proceden de los países industrializados (CEPAL, 1997: 49).

LA GLOBALIZACIÓN Y LAS TENDENCIAS DESARTICULADORAS

A partir de los años ochenta, el mundo conocería una nueva etapa de desarrollo caracterizada por la globalización de las actividades económicas. Si bien el capital siempre ha tendido a la internacionalización, el circuito operativo previo reconocía lo nacional como instancia básica: su origen, tecnología, producción y mercados eran en primera instancia locales, regulados en gran medida por el Estado, para luego volcarse hacia el exterior. Las subsidiarias de las empresas transnacionales diseminadas por el mundo eran de cierta forma una réplica de las empresas matrices ubicadas en el centro capitalista, tendiendo a reproducir en el interior de los países-sede el mismo itinerario de éstas.

Por lo menos, en las ramas industriales más importantes del capitalismo central, esta ruta, que iba de lo interno hacia lo externo, fue la predominan-

te hasta recientemente. Hoy, en cambio, el capital actúa en forma global, desconociendo lo “nacional” como parte de su ruta productiva, al volcarse sobre aquellas regiones que le ofrecen las mejores condiciones de rentabilidad. En muchos casos, las empresas matrices aportan sólo la parte “intelectual” del proceso productivo —el diseño y la planificación—, además del capital claro está, transfiriendo gran parte de la actividad productiva hacia aquellos países o regiones con costos de producción reducidos y garantías de mayor rentabilidad (Chesnais, 1996: 130). Con ello se observa una relocalización de las actividades que llevan al mundo a una nueva topografía productiva. Si bien las empresas matrices proceden de una nación específica y el capital regresa a ellas en forma incrementada, su marco operativo cubre varias latitudes, esparciéndose sobre países y regiones e incluso involucrando en su despliegue a conglomerados anteriormente rivales. El vertiginoso desarrollo de la informática, las telecomunicaciones, el transporte y la globalización financiera son los factores centrales en el impulso y consolidación de la nueva dinámica (Laurencin, 1998: 37).

Esta nueva lógica de actuación entra en contradicción con la coherencia “nacional” del capitalismo keynesiano de la posguerra. Ello afecta necesariamente la articulación entre las actividades agrícolas e industriales, perseguida con tanto ahínco en dicha etapa por los países centrales. Tal como se afirmó an-

teriormente, la nueva lógica supone una relocalización de las actividades en el globo, de acuerdo con estrictos criterios de rentabilidad, dejando de lado una serie de coordenadas de carácter social, político y estratégico que eran importantes en la etapa previa.

Con ello el sector rural, tal como fue concebido en la posguerra, como elemento sustantivo en las estrategias de seguridad nacional y de equilibrio social, pierde en gran parte su razón de ser. Lo que pasa a tener mayor relevancia en este momento es el aspecto económico de la actividad y su rentabilidad. Ahí en donde estos elementos inexistan, no se justifica su existencia. Según esta lógica, muchos países al carecer de competitividad agrícola deberían cancelar sus actividades en favor de los que sí detentan una vocación significativa en esta rama. Gran parte de las sociedades rurales del mundo estarían así condenadas a la desaparición, en una forma similar a la planteada por el paradigma decimonónico de las ventajas comparativas.

Ahora bien, la pérdida de la configuración nacional avanza con mayor fuerza en los países periféricos que en los centrales, cuyas sociedades luchan por conservar las estructuras anteriores y, si bien no son del todo exitosas en su propósito, logran mantener un espectro de articulación que las primeras tienden a perder. Así es como muchas de las prácticas benefactoras del periodo anterior tienden a preservarse en los países industrializados, situación que por

lo general se da en plena confrontación con los objetivos globalizadores. Las batallas por mantener aspectos sustantivos de bienestar, como el regreso a una agricultura “orgánica”, a un paisaje rural revitalizado, al cuidado ecológico, a las garantías de un autoabasto alimentario, así como otros objetivos dirigidos a elevar la calidad de vida, se dan en abierto desacato respecto a las nuevas tendencias. Uno de los aspectos de esta “insubordinación” es la negativa a rediseñar un mapa productivo que conduzca a la relocalización de las actividades agrícolas. Los países desarrollados buscan mantener su base productiva alimentaria nacional —así no sea competitiva— a la vez que preservar un contexto social rural que guarde signos de dignidad y prosperidad. Todas estas metas son la expresión de barreras que la sociedad levanta en contra del propósito económico globalizador. La negativa a abrir las agriculturas al comercio exterior, a eliminar los subsidios a los agricultores, a aceptar la pérdida de la autosuficiencia alimentaria expresada por varios de los países desarrollados en el contexto de la última Ronda Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), es un claro indicio de esta intención de no acatar pasivamente los designios de la globalización. Por otra parte, la oposición europea a aceptar acríticamente las nuevas técnicas transgénicas ofrecidas por las grandes empresas transnacionales en la rama agrícola y su lucha por la sustentabilidad alimentaria son factores adi-

cionales de confrontación con las tendencias dibujadas a nivel de la empresa global. Ello significa que la agricultura sigue jugando un papel estratégico en estas sociedades, aun cuando las tendencias económicas globalizadoras traten de negarlo (Fritscher, 1998: 68).

El mundo periférico, sin embargo, endémicamente enfrentado a problemas de orden estructural y político en sus intentos de integración, es el que más fácilmente se somete a las tendencias desarticuladoras de la globalización. Su intento integrador de mayor trascendencia ocurrió en la etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones bajo parámetros nacionalistas. Se suponía en aquel entonces que muchas de estas sociedades emprenderían el mismo camino de desarrollo que las sociedades centrales. Fue cuando, tal como observamos, a partir de las reformas agrarias y de la modernización agrícola, se pretendió articular en forma más equilibrada el desarrollo industrial con el agrícola. Tal como vimos, este vínculo fue frágil y parcial, dejando tras de sí un fuerte contingente de desplazados. Con la crisis de los años ochenta y sus secuelas, más la puesta en marcha de las políticas neoliberales, se decretó el fin de dicho intento. Hoy día estos países han debido abrirse al comercio exterior, lo cual significó un golpe a sus actividades internas, dada su fragilidad productiva frente a la competitividad internacional. En muchos casos se han convertido en protagonistas activos de la globalización, al propiciar con las re-

formas neoliberales el libre mercado de productos y capitales. Los análisis indican que ahí en donde esto ocurrió, las regiones se han convertido en una especie de extensión económica y operativa de los países centrales desde donde emana el capital global.

La agricultura, a su vez, se ha convertido en un sector sensible y crítico, posiblemente el eslabón más frágil de todo el proceso. Ello porque, salvo excepciones, el sector rural de los países del Sur no presenta condiciones de competitividad a nivel internacional más que en algunas ramas. Tampoco es atractivo para los capitales externos, dado que aquí el éxito de la inversión no depende tanto de los activos tecnológicos, como de la naturaleza. Ésta, a su vez, no siempre es propicia a la producción de los alimentos básicos de mayor circulación en el mercado internacional, como los granos básicos y sus derivados cárnicos, ya que el hábitat preferente de estos bienes se localiza en los países de clima templado. Sólo algunas ramas laterales como los cultivos hortofrutícolas de contra-estación son valorizados en la nueva dinámica, e integrados a los nuevos circuitos de la inversión y el comercio agroalimentario con gran éxito (Daviron, 1996: 11).

Las políticas neoliberales promovidas en el mundo periférico —expresión de las tendencias globalizadoras— son así fuertemente desarticuladoras de un entorno nacional que pretenda contemplar el conjunto urbano-rural. Lo más grave, sin embargo, es el hecho de que

el nuevo escenario, al destruir las producciones internas y estimular las importaciones alimentarias, genera una fuerte marginación para todos aquellos sectores agrícolas antes articulados al mercado y que hoy han perdido esta capacidad. Ahora a los marginados de la modernización agrícola de la séptima y octava década se añaden los excluidos de la nueva dinámica internacional. Tal como lo señala Murmis (1994: 11-12), los productores rurales en el momento presente han perdido su función económica: constituyen una “población redundante” tanto como productores de bienes, en la medida en que no producen más que para su subsistencia, como de fuerza de trabajo, pues las ciudades cuentan ya con sus propias reservas laborales. No obstante, su condición de excluidos no los lleva a su extinción, razón por la cual en el futuro es previsible la permanencia de poblaciones asentadas en el campo, sin que por ello logren subsistir sin los ingresos externos.

Las rebeliones y movimientos rurales que acompañan la nueva etapa “global”, tal como la organización zapatista en México y el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil, nacen de este entorno, buscando con su lucha revertir un modelo que tiende a reproducir cada vez más marginación. Estos movimientos junto con otros que emergen sobre todo en las zonas rurales, en especial los de origen étnico, son protagónicos e innovadores en su lucha por crear espacios para una resistencia social a los nuevos parámetros. Si bien sus metas aún

no han podido imponerse, dada la supervivencia del neoliberalismo en la región, su impacto sobre la opinión pública nacional e internacional ha sido indiscutible. A ello se debe el mérito de su permanencia en un contexto gubernamental autoritario y hostil. Este éxito, si bien parcial, alienta esperanzas de que por fin la sociedad latinoamericana logre cambios políticos que permitan impulsar un modelo de desarrollo proclive a principios de inclusión y equilibrio social que recupere para el mundo rural la vitalidad perdida. Nuestro trabajo dejó constancia de un sinnúmero de ejemplos de países que eligieron esta vía y que, pese a las tendencias desestabilizadoras de la globalización, no han cejado en este intento.

BIBLIOGRAFÍA

- Abramovay, Ricardo
1992 *Paradigmas do Capitalismo Agrario em Questao*, Hucitec-Unicamp, Rio de Janeiro, Sao Paulo, Campinas, 275 pp.
- Amin, Samir y Kostas Vergopoulos
1977 *La cuestión campesina y el capitalismo* Nuestro Tiempo, México, 237 pp.
- Bartra, Armando
1998 “Sobrevivientes. Historia en la frontera”, en *Globalización, crisis y desarrollo rural en América Latina*, Universidad Autónoma de Chapingo, México, pp. 1-25.
- CEPAL
1978 “25 años en la agricultura de América Latina: rasgos principales 1950-1975”, en *Cuadernos de la CEPAL*, núm. 21, Santiago de Chile, 95 pp.

La sociedad rural a fin de siglo: ¿integración o exclusión?

- 1997 *Panorama de la agricultura en América Latina y el Caribe en las últimas décadas*, Comisión Económica para América Latina, 136 pp.
- Chesnais, Francois
1996 *A Mundialização do Capital*, Xama, Sao Paulo, 335 pp.
- Daviron, B.
1996 "Quelques Faits Marquants de la Dynamique Recente de Echanges des Produits Alimentaires", en *Economie Rurale*, París, pp. 10-16.
- Falck, Melba
1994 "El sector agrícola de Japón: el proteccionismo y sus efectos", en *Comercio Exterior*, vol. 44, núm. 4, abril, pp. 327-334.
- Faure, Claude
1990 "Los campesinos, el centro y la periferia", en *Sociológica*, año 5, núm. 13, mayo-agosto, pp. 231-148, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- FIDA, IICA
1995 *Reformas del sector agrícola y el campesinado en México*, San José, Costa Rica.
- Friedmann, Harriet y Phillip Mc Michael
1989 "Agriculture and the State System. The Rise and Decline of National Agricultures, 1870 to the Present", en *Sociologia Ruralis*, vol. XXIX, núm. 1, pp. 93-117.
- Fritscher, Magda
1990 "Los dilemas de la reconversión agrícola en América Latina", en *Sociológica*, año 5, núm. 13, mayo-agosto, pp. 15-36, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
1996 "Las políticas agrícolas de Estados Unidos", en *Colección de Reportes de Investigación*, núm. 65, Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.
1998 "Globalización y agricultura: escenarios y controversias", en *Globalización, crisis y desarrollo rural en América Latina*, Universidad Autónoma de Chapingo, México, pp. 59-85.
- Kautsky, Karl
1981 *La cuestión agraria*, Siglo XXI, México, 540 pp.
- Laurencin, Jean Paul
1998 "A Empresa face a Globalização da Economia", en *Ensayos FEE*, vol 19, núm. 1, pp. 32-69, Porto Alegre.
- López Cordovez, Luis
1987 "Crisis, políticas de ajuste y agricultura", en *Revista de la CEPAL*, núm. 33, diciembre, Santiago de Chile.
- Mc Michael, Philip
1994 *The Global Restructuring of Agro-Food Systems*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 303 pp.
- Meillassoux, Claude
1981 *Mujeres, graneros y capitales*, Siglo XXI, México, 235 pp.
- Moon, Pal-Yong y Bong-Soon Kang
1991 "The Republic of Korea", en Krueger, Anne et al., *The Political Economy of Agricultural Pricing Policy*. Asia, The World Bank/The Johns Hopkins University Press, Baltimore, pp. 15-66.
- Murmis, Miguel
1994 "Algunos temas para la discusión en la sociología rural latinoamericana reestructuración, desestructuración y problemas de excluidos e incluidos", en *Revista Latinoamericana de Sociología Rural*, ALASRU, 2o. semestre, núm. 2, pp. 5-28.
- OECD
1997 *Agricultural Policies in OECD Countries, monitoring and evaluation*, París, 84 pp.
- Population Reference Bureau
1998 *Cuadro de la población mundial*, Washington DC., folleto, 11 pp.
- Ravenholt, Albert
1980 *Rural Mobilization for Modernization in South Korea*, American Universities Field Staff Reports, núm. 43, pp. 1-13.
- Servolin, Claude
1989 *L' Agriculture Moderne*, Editions du Seuil, París, 318 pp.

Magda Fritscher Mundt

Singelmann, Joachim

- 1996 "Will Rural Areas Still Matter in the 21st Century? (or) Can Rural Sociology Remain Relevant?", en *Rural Sociology*, vol. 61, primavera, núm. 1, pp. 143-158.

Teubal, Miguel

- 1995 *Globalización y Expansión Agroindustrial*, Corregidor, Buenos Aires, 268 pp.

USDA

- 1997 *Agriculture Fact Book 1997*, Washington D.C., 265 pp.
1998 *Agricultural Statistics 1998*, Washington D.C.

Veiga, José Eli da

- 1994 "Fundamentos do Agrorreformismo", en *A Questao Agraria Hoje*, Editora da Universidade, UFRGS, Porto Alegre, pp. 68-93.